prado ahora seco, se extiende el largo puente romano hecho construir por el emperador Honorio.

Pasamos luégo por Loano, digno de mencion por su castillo de los Dorias, su convento de carmelitas, sus recuerdos del conspirador Fieschi y la victoria de Massena sobre los austriacos; y despues por Finale, notable por su túnel y su bahía, y al cabo llegamos á la ciudad de Noli, con sus muros y torres como Albenga.

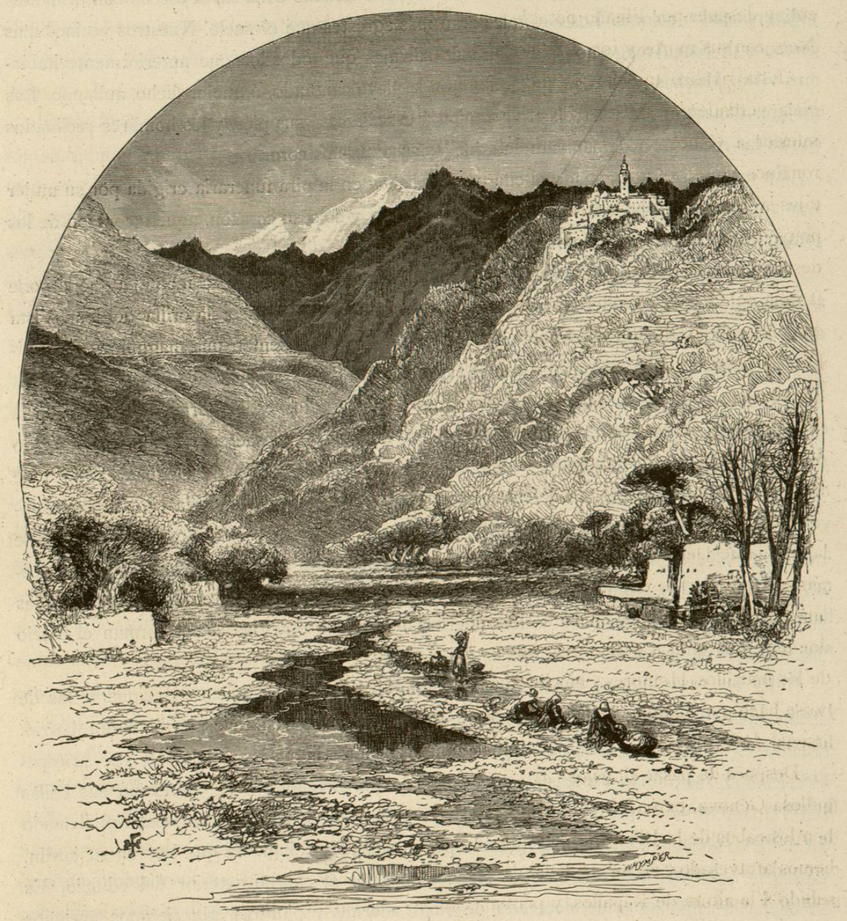
Esta rivalizó tambien en independencia con la ciudad de Génova y mantuvo una república verdaderamente libre. No léjos se halla Savona, la tercera ciudad de la Ribera, sólo inferior á Génova y Niza. Indudablemente es de orígen ligurio; pero en tiempo de los romanos fué eclipsada por la pequeña poblacion de Vado, cuyo puerto ofrecia mayores ventajas á las flotas que la estrecha bahía de Savona. Aquí trajo el cartaginés Magon los despojos de la conquistada Génova, que tomó venganza del insulto muchos siglos despues destruyendo su tráfico y comercio. Se enorgullece de dos grandes nombres: Julio II, de la familia de Della Rovere, el papa guerreador, cuyo sepulcro fué diseñado por Miguel Angel en tales proporciones que no pudo completarse, y cuyos restos yacen ahora bajo una simple losa, en tanto que la gran estatua de Moisés, que habia de adornar este monumento, yace tambien en la nave de una distante iglesia; y Chiabrera, el dulce cantor del *seicento*, émulo de Píndaro y Anacreonte. Aquí vivió en su destierro el papa Pio VII, durante el período de la dominacion francesa, y colocó una corona de plata sobre la cabeza de la imágen de Nuestra Señora de la Merced, cuyo santuario se halla en una de las cercanas colinas.

Saliendo de Savona, hay una jornada corta hasta Génova. Albisola contiene el palacio de la familia de Della Rovere. Celle posee un cuadro representando el Arcángel San Miguel, pintado por Perino del Vaga, cuadro votivo ofrecido despues de escapar de los peligros de una tempestad. Un poco más adelante se ofrece un nuevo escenario á la vista. Es un astillero donde se ven quillas y cascos de buques en construccion, y donde atruena los oídos el ruido de los martillos. Hombres y muchachos aparecen activamente ocupados, puesto que el trabajo no se hace por maquinaria de vapor, sino de la manera que le vió y le pinta el Dante, en el arsenal de Venecia.

Despues de pasar el *Fiume di Latte*, ó rio de leche, se ven las moles ó palacios de la orgullosa Génova, extendiéndose á lo largo de la distante costa. Más allá de la ciudad se perciben los cabos de la Ribera de Levante, «la costa oriental,» no ménos agradable que la que hemos atravesado y no ménos llena de históricos recuerdos. Infinitos son los viajeros que han subido á la altura de Rapallos, y permanecido en Chiavari, á orillas del rio inmortalizado por Dante, contemplado el deleitoso y poético ocaso en el promontorio de Sestri, cuajado de cipreses y pinares, visitado por las mañanas las colinas cubiertas de maizales y de castaños, y recorrido por la tarde la pendiente vía que conduce á la bahía de Spezia.

Sitio más encantador no se encuentra con frecuencia ni áun en la misma Italia. Las vertientes de las montañas de mármol se inclinan casi derechas al mar, y ántes de llegar á la bahía, capaz de contener todas las flotas del Universo, aparecen á distancia en el horizonte las peladas cimas y picos de Carrara. Fuera ya de la tierra y en medio de las azuladas aguas,

brota una fuente de fresca agua. ¿Dónde pasar un dia más deliciosamente que navegando junto á la orilla y observando á los pescadores y á los bañistas? Cuando nos hallamos en el centro de la bahía vemos el pueblecito de Lerici, con la modesta quinta donde el poeta She-



Bussana

lley residió en los últimos meses de su vida. Su mujer nos ha dejado una pintura encantadora de este lugar. «La perspectiva era ciertamente de una belleza inimaginable. La vasta extension azul de las aguas, la bahía casi cerrada por la tierra, el cercano castillo de Lerici, que la cierra por el Oriente, el lejano Porto Venere, al Occidente, las variadas formas de las escarpadas montañas que circuyen la playa, y el mar sin reflujo, que ni deja arena ni ripio, formaban un cuadro como esos paisajes que sólo Salvator Rosa sabia pintar.

»Los vientos huracanados que saludaron nuestro arribo llenaban la bahía de blanca espuma, barrian la tierra en torno de nuestra casa, y junto esto al ruido de las olas, nos parecia que estábamos á bordo de un buque. En otros momentos, la luz del sol y la calma invadian el mar y los horizontes, y los ricos tintes de un cielo italiano bañaban la escena con brillantes y diversificados colores. Los naturales eran más agrestes que el suelo. Nuestros vecinos más cercanos de San Arengo nos parecian más salvajes que todos los que anteriormente habíamos visto. Muchas noches se las pasaban en la playa cantando, ó, mejor dicho, aullando. Las mujeres danzaban entre las olas que venian á estrellarse á sus piés, y los hombres reclinados contra las rocas las acompañaban en aquellos sus extraños coros.»

En esta costa fué quemado el cuerpo de Shelley en la pira funeraria erigida por su mujer y su amigo. Su cuerpo fué consumido por el fuego, y sólo su corazon, aquel «corazon de los corazones» quedó como memoria.

Génova está construida, á manera de anfiteatro, en la falda de una montaña que la pone al abrigo de los vientos del Norte y cuyo pié se extiende casi hasta la orilla del mar. Vista desde el golfo, sus edificios altos y en parte enjalbegados, presentan una magnífica perspectiva, que contrasta admirablemente con el aspecto triste de las áridas montañas que la rodean. Por la parte de tierra está circuida de dos muros, uno de los cuales forma el recinto de la ciudad propiamente dicha, y tiene cosa de una legua de circunferencia; y el otro llamado *Nuove Mura*, abraza la cumbre de la montaña, y tiene cerca de tres leguas y cuarto de circuito. Las varias obras de defensa practicadas segun la posicion de la ciudad, contribuyen á hacerla una plaza de guerra de las más fuertes. El interior de Génova no corresponde á la magnificencia de su perspectiva. Las calles son generalmente irregulares, y tan angostas, que no pueden pasar por ellas los carruajes. La mayor parte hacen cuesta, excepto las llamadas Nuova, Nuovísima y Balbi, abiertas una tras la otra, las cuales forman el barrio más hermoso de la ciudad.

Entre las casas que se conocen con el nombre de palacios deben mencionarse las de Doria, Durazzo, Serra, Pallavicini, Brignoles, Balbi, etc., casi todas en el mejor barrio. El palacio Durazzo, que pasa por el más suntuoso, se distingue principalmente por su espacioso patio y magníficas azoteas de mármol; y los de Brignoles y de Doria por sus bellas fachadas. Cerca de la puerta de la Linterna, á orillas del mar, se ve otro palacio, llamado de Andrea Doria, el cual es más notable por la soberbia columnata que hay en su jardin, coronada de balaustradas de mármol blanco, que por el cuerpo exterior del edificio. Es grande y está interiormente decorado de ricos adornos y pinturas. En tiempos antiguos sirvió de residencia á Cárlos V, y sucesivamente á otros personajes, contándose entre ellos á Napoleon. El palacio Serra contiene quizá el salon más elegante del mundo. Está adornado con diez y seis columnas corintias estriadas y doradas. En lo demás de la estancia abundan los adornos de talla colocados entre el lapislázuli que está distribuido con mucha profusion.

Su coste ascendió á cuatro millones de reales. El palacio del Dux, que es uno de los más espaciosos de Europa, es de arquitectura mucho ménos rica que la de los palacios de

los nobles. Tiene en su fachada dos hileras de columnas de estuco, la una de órden dórico y la otra del jónico. La escalera principal y la sala del gran consejo, adornada con treinta y ocho columnas de mármol brocatel, forman el principal mérito del interior de este edificio. En el gran patio, que está en su frente, se ve la estatua de mármol de Andrea Doria. Pudieran citarse otros palacios no ménos notables que los precedentes; pero estos edificios carecen casi todos de aquel grandioso exterior que caracteriza los monumentos de esta clase.

Mark Twain dice de Génova: «Su poblacion es de 120,000 habitantes. Dos tercios de esta son mujeres, y por lo ménos dos tercios de ellas son hermosas, pulcras, graciosas, y tan bien ataviadas cuanto lo pueden ser sin ser ángeles, aunque los ángeles no descuellan mucho por sus atavíos, segun se ve al ménos en las pinturas, en que no llevan más que las alas. Las genovesas me parecen encantadoras. La mayoría de las jóvenes van envueltas en una nube blanca de los piés á la cabeza, aunque algunas usan trajes más adornados. Casi todas llevan en la cabeza un ligero velo blanco. Son rubias y muchas tienen ojos azules: pero tambien se encuentran morenas de ojos negros. Hombres y mujeres tienen por costumbre muy de moda el pasear por un gran parque en lo alto de una cuesta, en el centro de la ciudad, desde las seis de la tarde á las nueve de la noche, y despues toman helados en los jardines cercanos. Fuímos al parque un domingo por la tarde. Habia allí unas dos mil personas, en su mayoría señoritas y caballeros. Estos vestian á la última rigorosa moda de Paris, y los trajes de las mujeres se destacaban entre los árboles como otros tantos copos de nieve. La muchedumbre daba vueltas y vueltas al parque como en gran procesion. Tocaban bandas de música y murmuraban las fuentes: el gas y la luna iluminaban la escena, y el conjunto formaba un cuadro brillante y animado. Yo examiné minuciosamente todos los rostros femeninos que pasaban y me parecieron todos hermosos. En mi vida habia visto ántes tal exuberancia de gracia y de belleza. No comprendo cómo un hombre de mediana firmeza de carácter puede casarse aquí, porque ántes de decidirse por una ya debe haberse enamorado de otra.

»No fumeis nunca tabaco italiano bajo ningun pretexto. Tiemblo al pensar en lo que puede estar hecho. Nadie tira la punta de un cigarro sin que inmediatamente se lance un vagabundo á recogerla. Mucho me gusta fumar, pero hiere mi orgullo el ver á uno de estos alguaciles de colillas observándome y persiguiéndome con el rabo del ojo, calculando cuánto podrá durar mi cigarro. Me recuerda á aquel enterrador de San Francisco, que iba á las cabeceras de los enfermos, reloj en mano. Uno de estos cazadores de puntillas nos siguió por todo el parque una noche, y no pudimos gozar de nuestros vegueros, porque al verle tan encarnizadamente ansioso, excitaba nuestra compasion y arrojábamos los cigarros apénas encendidos. Nos miraba como su legítima presa, por derecho de descubrimiento, pues empujaba á otros muchos de la profesion que venian por los despojos, como si ya fuesen propiedad suya.

»Por siglos ha tenido Génova los nombres de *la soberbia* y *la ciudad de los palacios*. En efecto, está llena de ellos, y son muy suntuosos en el interior, pero algo descuidados por fuera y sin pretensiones de magnificencia arquitectónica. «La soberbia Génova,» seria un título feliz con referencia á las mujeres.

»Hemos visitado muchos palacios, inmensas masas de gruesas paredes con grandes escaleras de piedra, con pavimentos de mosaico, y grandes salones adornados de cuadros de Rubens, Guido, Ticiano, Pablo el Veronés y otros, así como retratos de personajes de las familias con sus brillantes yelmos y relucientes cotas de mallas, y aristocráticas damas en trajes de hace algunos siglos. Por supuesto, los inquilinos estaban todos fuera veraneando, y si hubieran estado allí no nos habrian convidado á comer, de suerte que todos aquellos grandes salones vacíos, con sus resonantes pavimentos, sus bellas pinturas de antepasados y jironeadas banderas con el polvo de muchos siglos á cuestas, trasminaban solemnemente á muerto y á sepulcro, y nos quitaron el buen humor. Nunca quisimos subir al onceno piso y hasta empezamos á sospechar que habia espíritus por aquellos ámbitos. Siempre teníamos en torno nuestro algun criado de rostro escuálido, como de sepulturero, que nos daba un programa, señalaba al cuadro que estaba á la cabeza de la lista del salon, y permanecia tieso y silencioso en su petrificada librea, hasta que pasábamos al salon contiguo, marchando él con gravedad á la cabeza y volviendo á tomar la posicion de estatua. Yo perdí tanto tiempo rogando que cayese el techo sobre aquellos figurones, que me quedó poco para examinar los cuadros.

»Y tuvimos, como en Paris, un guía ó *cicerone*. ¡Dios los confunda! Este decia que era el mejor lingüista de Génova, en lo tocante al idioma inglés, y que sólo dos personas en la ciudad, fuera de él, podian hablar esta lengua. Nos enseñó el lugar donde nació Cristóbal Colon, y despues que habíamos meditado un cuarto de hora sobre él, nos dijo que no habia nacido allí Cristóbal Colon, sino su abuela. Cuando le exigimos que explicase su conducta, encogió por respuesta los hombros y respondió en bárbaro italiano.

»Los guías en Génova se alegran mucho al encontrar viajeros norte-americanos, por lo mucho que admiran y la emocion y respeto que exhiben delante de cualquier reliquia de Colon. Un dia fuí con mis paisanos, y entre ellos el célebre doctor, guiado por este cicerone, que lleno de animacion, decia:

—»Vengan conmigo, caballeros, voy á enseñarles el carácter de letra de Cristóbal Colon, un papel escrito por él mismo, por su misma mano! ¡Vengan ustedes!

»Y nos llevó al palacio municipal. Despues de mucho preámbulo de menear llaves y abrir cerraduras, se nos puso de manifiesto el manchado y viejo documento. Los ojos del guía brillaban de contento. Comenzó á brincar y tocando con su dedo el pergamino, exclamaba:

—»¿No se lo dije á ustedes? Véanlo ahí, letra de Cristóbal Colon, escrita con su propia mano.

»Nosotros miramos con indiferencia, sin emocion alguna. El doctor tomó el documento y lo examinó detenidamente, durante una pausa penosa. Al cabo preguntó sin la menor muestra de interés ó entusiasmo:

—»¿Cómo dijo V. que se llamaba la persona que escribió esto?

—»¡Cristóbal Colon! ¡El gran Cristóbal Colon!

»Otro nuevo exámen de parte del doctor.

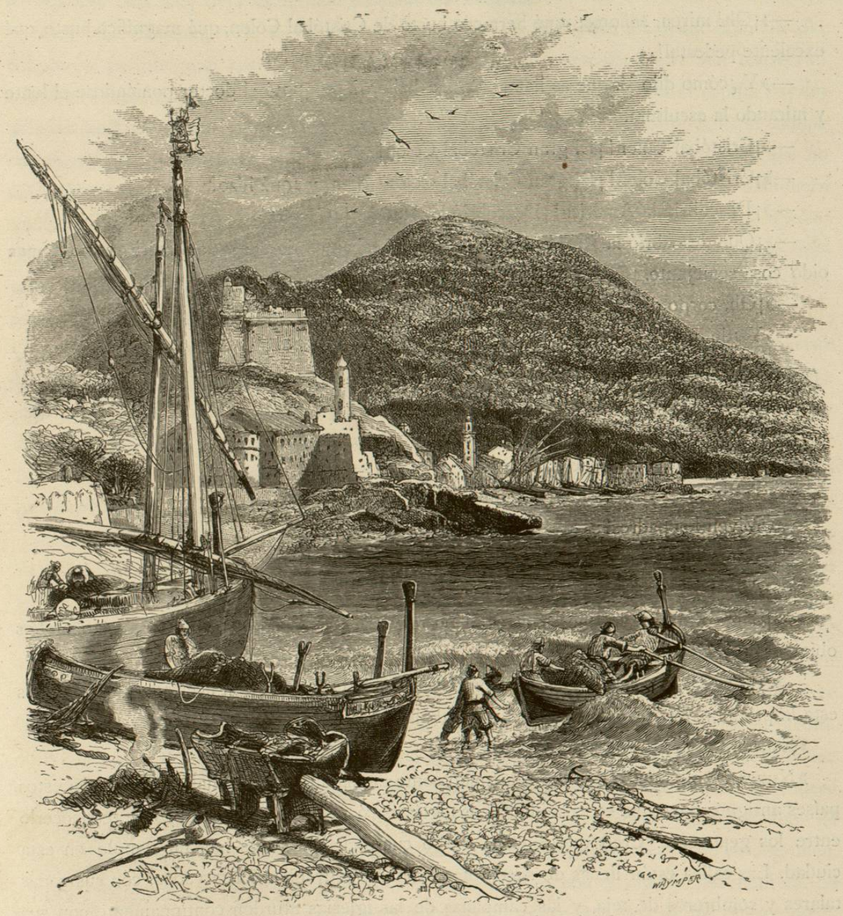
—»¿Lo escribió él mismo, ó.....?

—»¡Él mismo lo escribió! ¡Cristóbal Colon! Es su propia letra, escrita por él.

»El doctor soltó el pergamino y dijo:

—»¡Pseh! conozco yo en América muchachos de catorce años que escriben mucho mejor.

—»Pero este es el gran Cristó....,



Taggia y San Estéjano

—»¡Sea quien sea! es la peor letra que he visto en mi vida. No crea V. que va á jugar con nosotros porque somos extranjeros. No somos tontos ni mucho ménos. Si tiene V. alguna muestra de letra de verdadero mérito, sáquela, y si no, largo de aquí.

»En efecto, nos fuímos.

»El guía estaba un poco desconcertado; pero quiso hacer otra tentativa. Él tenia algo que enseñar que se imaginó iba á volvernos locos de ventura.